Núm. 100.

SAYNETE NUEVO

INTITULADO:

LOS VIEJOS BURLADOS.

PARA NUEVE PERSONAS.



VALENCIA:

EN LA IMPRENTA DE ESTÉVAN,

AÑO 1816.

PERSONAS.

Doña Emeteria, madre de Isabel.
Inesilla, criada.
Criada segunda.
Criado primero.
Criado segundo.
D. Teodoreto, padre de D. Pedro.
Perico, criado.

El teatro representa el salon de casa de Doña Emeteria, viuda rica de Madrid. Y salen cantando Criado primero, Criado segundo, Inesilla y la Criada segunda.

CORO.

»Todos hombres vengan
»casados y solteros,
»viudos y manteistas,
»mozos, niños y viejos,
»A celebrar la union de dos amantes
»que cincuenta y tres años se quisieron.

Criado 1. VAya, chicas, que la letra
ni de romance de ciego.
Criad. Tan extravagantes son
como la boda los versos.
Criado 2. Pero, vamos, Inesilla,
tú que sabes este cuento
mejor que todos nosotros,
como criados modernos,
¿no nos dirás por qué piensa
en segundo casamiento
nuestra ama siendo tan vieja?
Criad. Pues el novio no lo es menos,
segun dicen.
Inés. De una edad
han de ser á lo que creo;
pero el caso es que mi ama,
y el amado caballero
fueron vecinos en el
año de mil setecientos
y veinte, segun he oido;
y conforme iban creciendo
con el trato y con la edad,
creció el amartelamiento.
Llegó la edad de casarse,
y sus padres dispusieron
que ella casase en Madrid
con un rico forastero,
y á él le enviaron á Francia,
donde por evitar pleytos
de no sé qué mayorazgo,
trataron su casamiento
con una prima: por fin
los separaron los cuerpos,
pero no los separaron
las almas, pues aunque lejos,
en mas de quarenta años
que casados estuvieron
duró la correspondencia,
sin exceptuar un correo.
Al cabo de tantos dias
oyó su clamor el cielo,
y con gran gusto de entrambos
enviudaron casi á un tiempo.
Hay mas: de estos matrimonios
quedaron dos herederos,
á mi ama, la señorita,
y un señorito al abuelo,
con que para no tener
disputas en los convenios,
ni escrúpulos adelante,
casar tambien han dispuesto
los hijos el mismos dia,
que si llegan hoy, no creo
que pasará de mañana.

Lo que habrá al recibimiento,
y la burla que harán todos,
eso despues lo veremos;
lo que ahora importa es baylar,
pues de mi ama el empeño
es que halle alborotada
la casa con el contento,
si viene acaso á apearse
á ella D. Teodoreto
el galan, como le llama
su merced.
Criad. El caso es nuevo:
¡cincuenta años de cariño,
amigos, es mucho cuento!
Criad. 1. Los amantes de Teruel
callen, que este es mas exemplo.
Inés. Volvamos á nuestra fiesta.
Dentro Isabel.
Isab. ¡Ay, ay, ay!
Tod. ¿Qué es esto?
Salen Isabel huyendo de Doña Emeteria, ambas muy campuestas, y la última con afectacion muy arrebolada, y alguna ridiculez.
Emet. ¡Ah, insolente! ¿tú te atreves
á resistir mis preceptos?
Isab. Máteme usté, y no me obligue
á casar con un sugeto
que no conozco.
Emet. Siendo hijo
del galan D. Teodoreto,
será muy galan por fuerza,
muy hermoso y muy discreto.
Isab. Pues siendo de esas ventajas
le sobrarán casamientos,
y á mí que me dexe en paz.
Emet. Tú harás lo que yo te ordeno.
Criad. 2. Señora, el novio ha llegado.
Emet. ¿Qué me dices? ¿viene bueno?
¿No es rubio y galan? ¿No es
derretido con extremo?
¡Oh, hermosa Doña Emeteria!
(como él me llamaba un tiempo.)
¿No te preguntó al instante
por mí con este epitecto?
Criad. 2. Señora, yo no lo he visto,
solo sé que ya tenemos
el equipage á la puerta. *vase.*
Emet. ¿Pues qué haceis, pelmazos? Presto
id á avisar los parientes
que vengan todos á verlo,
y á celebrar mi buen gusto:
venid vosotras corriendo,
me volvereis á peynar;
á ver si me he descompuesto
algun alfiler, ó hay
en la tez algun defecto. *vase.*
Muger. Entró la locura en casa.
Criados. Vamos allá, compañeros.
Vanse todos, menos Isabel é Inesilla.
Isab. ¿Inés mia?
Inés. ¿Señorita?
Isab. Yo me quiero ir á un convento
por no sufrir á mi madre.
¡Qué dirán en todo el pueblo
de su merced!
Inés. No dirán
mas de lo que ya dixeron;
pero si era tan galan
vuestro padrastro, y D Pedro
su hijo dicen que es
el retrato verdadero
del padre en su juventud;
igualmente que los viejos
aseguran que en el rostro,
en el ayre, y en el genio,
vuestra madre era lo mismo
que usted en aquellos tiempos;
¿por qué es esa resistencia?
Isab. Porque abomino y detesto
las bodas; ¿pues qué no basta
haber visto en el infierno
que estuvo toda la casa
hasta que mi padre ha muerto,
y la vida que la dió á
mi madre, para escarmiento?
No, amiga, antes de mirar
á ese hombre, le aborrezco;
y aunque me fria en aceyte
mi madre, no he de quererlo.
Inés. Pero si fuese tan lindo::-
Isab. Aunque fuera el amor mesmo
vestido de coronel:
lo que, si algo te merezco,
te pido es, que tú me saques
de este embrollo con tu genio,

y te daré quanto quieras,
y de pronto hasta cien pesos.
Inés. Usted déxelo á mi cargo.
Dent. Per. ¿Ha de casa? presto, presto.
Inés. ¿Quién llama? Sin duda es
que anticipa algun correo
el novio: dexadme sola
para entablar el enredo,
antes que vean á madre.
Isab. A recibirlos te dexo,
aunque no estaré distante, *vase.*
y en tus manos me encomiendo.
Dent. Per. Hola: ¿ha de casa? ¿ha de casa?
Inés. ¡Jesus que prisa! Por cierto
se conoce que es amor
el que los trae. ¡Qué exemplo!
Al casarse, vuelan todos
como páxaros ligeros,
y de allí á poco ya llevan
el paso de los camellos,
ó de esotros animales
que arrastran el mayor peso.

Sale Perico.

Per. ¿No hay gentes en esta casa?
Inés. Sí señor.
Per. ¿No hay un portero?
Inés. No señor, pero hay portera.
Per. Pues decid á ese portento de
gracias y de hermosura,
á esa, si mal no me acuerdo,
la hermosa Doña Emeteria,
que el galan D. Teodoreto
su esposo, ya está en Madrid,
mas galan que Gerineldos.
Inés. Ese nombre de la hermosa
Doña Emeteria, no creo
se conserve sino en el
corazon de vuestro dueño.
Per. Lo mismo que el del galan
de mi amo, en el supuesto
de que habrá cincuenta años
que lo era.
Inés. ¿Y el D. Pedro su hijo,
qué cosa es?
Per. El muchacho mas perfecto;
pero viene hecho un demonio
con esta boda, y resuelto
á no casarse con la hija,
aunque le tuesten los huesos.
Inés. Pues la hija, pero el hijo
tiene el mismo sentimiento.
Per. Mi señorito es un hombre
indiferente, y muy terco.
Inés. Pues tambien mi señorita
es insensible en extremo.
Per. Treinta doblones me ofrece
si enredar el caso puedo
de modo que no se case.
Inés. A mí me ofrece cien pesos
mi ama, y otras mil cosas,
como estorbe el casamiento.
Per. De esa suerte no es dificil
el pillar este dinero.
Inés. Por mi parte os lo aseguro.
Per. Yo hago cuenta, que le tengo
ya en mi bolsillo.
Inés. ¿Y por qué
se detienen?
Per. Porque el viejo
se está acicalando, y anda
á coces con el barbero, porque
le rejuvenezca:
el chico, como su empeño
es solo parecer mal
á la novia, ahí le tenemos
á la puerta: señorito,
entre usted.

Sale D. Pedro.

Ped. ¿Y qué tenemos?
Per. Hasta ahora solo esta niña
de tan compasivo pecho,
y tan dócil, que sin duda
será para nuestro intento
habilísima.
Ped. ¿La has dicho
la ojeriza con que vengo
á esta casa, y que daré
el mas excesivo premio
á quien me sepa impedir
este odioso casamiento?
Per. Pues ya le podeis soltar,
porque el negocio está hecho.
Inés. No lo dudeis, que mi ama
me dará por deshacerlo
doble que vos ofreceis.

Ped. ¡Qué fortuna! Yo os prometo,
si es verdas, otro regalo
mayor.
Inés. Pues en prueba de ello,
señorita, diga usted *La saca.*
en facha al señor D. Pedro,
que le aborrece.
Isab. Hola, hola,
que no es mal mozo por cierto.
Per. Descúbrale usted á esta dama
todo su aborrecimiento.
Ped. ¡Caracoles, y que moza!
Isab. ¡Qué semblante tan risueño!
Ped. ¡Qué rostro tan agradable!
Per. ¿A qué viene ese silencio?
Vamos, no se pare usted
en decirle dos desprecios
á una dama facha á facha,
que eso es gracia en estos tiempos.
Inés. Vamos, decid, señorita,
con franqueza ese *no quiero.*
Isab. ¿Pero ves que él está mudo?
Inés. Usted debe hablar primero,
y despreciarle.
Isab. Y si me ama,
¿será razon que le demos
un pesar?
Inés. Yo os aseguro
que os aborrece mas terco,
que suegras y yernos pobres;
ademas, que tan pequeño
de estatura::-
Isab. Eso no importa,
puede crecer.
Inés. Yo lo creo.
Per. ¿Y usted perdió las palabras?
¿Qué se hizo aquel despecho
de todo el viage?
Ped. ¡Ay, Perico!
¡qué diferentes afectos
me han asaltado al mirarla!
Per. Sois un pobre hombre, yo quiero
hablar por vos, y salir
de una vez del empeño.
Señora, usted es muy amable,
tiene buen rostro, y gran cuerpo,
pero no es de nuestro gusto.
Ped. ¿Qué dices tú, majadero?
Inés. Responda usted, señorita.
Isab. A tal desayre, ¿qué puedo
yo responder?
Inés. Lo que yo
diré por vos: caballero,
usted es jóven, galan,
es rico, y será discreto;
pero váyase á otra parte,
que en casa no le queremos.
Isab. Inesilla, poco á poco.
Per. Aunque traxera usted el cerro
del Potosí para dote,
no cayera en el anzuelo,
que mi boda la ha de hacer
mi gusto, y nunca el ageno.
Inés. Yo tambien os juro, amigo,
que mejor apetecemos
ser doncellas perdurables,
que casarnos con tan feos
avechuchos.
Per. Ese talle
no es para estar con sosiego
un hombre fuera de casa,
ni aun en su casa durmiendo.
Inés. Valiente par de petates
amo y criado por cierto.
Per. Mugeres como vosotras,
ni á cinco reales el ciento
las tomáramos.
Ped. Borracho,
¿qué dices?
Isab. ¿Qué estás diciendo,
necia?
Inés. Lo que ustedes dos,
al mirarse, resolvieron
decir.
Per. Si con el discurso
los tales se enardecieron,
no es culpa nuestra.
Ped. ¿Y á qué
son tan ridículos cuentos?
Per. Para adornar la oracion,
y probar mas el concepto.
Isab. ¿Y pensais del mismo modo
vos? ¿y me decis lo mesmo?
Ped. Tan al contrario, señora,
que solamente recelo
desmerecer al miraros,

la que desayré sin veros.
¿Y vos, señora?
Isab. Yo solo
os puedo decir, que quedo
incapaz de resistir
á mi madre.
Per. Volaverunt
los treinta doblones.
Ped. Nada
perdereis, yo os lo prometo.
Dent. Emet. Muchachas.
Isab. Mi madre viene.
Inés. Del tocador con efecto
á recibir las visitas
se ha levantado, y sospecho
que se viene hacia esta sala.
Isab. No quisiera que tan presto
supiera, que habia mudado
de resolucion.
Ped. Yo temo
que aquí me encuentre mi padre
tambien hallado y contento,
despues de la resistencia
tan constante á sus proyectos.
Inés. Pues, señorita, llevarle
á esotra pieza, y con eso
podreis desmentir mejor
los primeros movimientos
de una pasion que os obliga
á pasar de extremo á extremo.
Isab. Venid conmigo: Inesilla,
ven. *Se van los dos.*
Inés. Ya voy.
Per. ¿Y yo me quedo
á descargar mi embajada?
Sale Doña Emeteria.
Emet. Chicos, sacad mas asientos
á esta sala.
Per. ¡Oh, qué figura!
Emet. ¿Quién está aquí?
Inés. Un mensagero
de vuestro galan, esposo. *vase.*
Emet. ¿Está de Madrid muy lejos
vuestro amo?
Per. Ya ha llegado.
Emet. ¿Pues cómo tarda un momento
en presentarse?
Per. Señora,
le pareció que primero
era razon afeytarse.
Emet. Ha procedido muy necio,
que á los ojos de su dama
nunca parece mas bello
un amante, que paivado
como amor de los aseos.
¿Y es tan rubio como era,
y tan galan?
Per. Solo pienso,
que han cambiado de color
y cantidad sus cabellos.
Emet. A mí tambien de quince años
se me cayó todo el pelo,
y así no me espanta. Y dime,
¿es aun gracioso y risueño?
Per. Eso mucho: todos quantos
le ven se quedan riyendo.
Emet. ¡Qué gana tengo de verle!
Dile que venga corriendo,
y que yo para servirle
todavía me conservo
tan hermosa como entonces.
Per. ¿Y quánto habrá?
Emet. Por lo menos
habrá quarenta y seis años.
Per. No lo parece por cierto.
Emet. Pues ya he cumplido los treinta,
dia de San Emeterio
bendito.
Per. No lo jureis.
Emet. Despáchate.
Per. Ya volvemos. *vase.*
Sale el Criado segundo.
Criad. 2. Señora, vuestras parientas
todas se quedan vistiendo
de gala para venir,
como deben, al festejo
prevenido.
Emet. Hacen muy bien,
que es digno de todo obsequio
mi marido: dí á la niña
que salga al recibimiento
de su padre por un lado,
y por el otro su suegro.
¿Cómo pondré yo esta cara, *ap.*
que desde luego halle un gesto
gracioso, que le sorprenda?

Este no es malito, pero
quando niña hacia unos
tan bonitos, que me acuerdo
que se quedaban los hombres
de repente patitiesos.
Mas ¿qué busca este buen hombre?

Sale D. Teodoreto.

Teod. Finalmente, ya me veo
en casa de mi divino
dulce adorado embeleso.
Mas ¿quién es este demonio? *ap.*
Esta, si mal no me acuerdo,
es aquella tia vieja
que tiene.
Emet. Este viejezuelo
será su ayo, ó será
el que cuida del gobierno
de su casa.
Teod. Usted, señora,
(perdonad mi atrevimiento)
¿no es la tia de la dueña
de la casa?
Emet. Usted está ciego,
pues me quiere comparar
con una muger que ha muerto
veinte años ha, y que tenia de edad
cerca de los ciento.
Teod. Perdone usted, como ha tanto
que falto de Madrid, esto
no es de extrañar.
Emet. ¿Conoceis
al galan D. Teodoreto?
Teod. ¿Y cómo que le conozco?
Emet ¿Y es tan amable y tan bello
como era?
Teod. Y mucho mas:
quatro millones de pesos
vale mas ahora, que quando
estaba en Madrid soltero.
Emet. ¿Le habeis tratado?
Teod. Con tanta
estrechez como á mí mesmo.
Emet. ¿Y no os habló de la hermosa
Doña Emeteria?
Teod. Os protesto
que ella ha sido siempre
el iman de sus deseos.
Emet. ¡Oh, qué gusto!
Teod. Pues en cambio,
decidme, si lo merezco.
¿La hermosa Doña Emeteria
cómo está? ¿tiene el aspecto
encantador que tenia?
Emet Está adorable en extremo:
su hermosura no es aquella
á que se atreven los tiempos.
Teod. ¿No la han ajado los años?
Emet. No señor, antes creemos,
que á medida de su edad,
va su hermosura creciendo.
Mas, ay! que viene::-
Teod. Ay! que sale::-

Salen todos.

Emet. Mi galan D. Teodoreto.
Teod. Mi hermosa Doña Emeteria.
Per. Lo mejor es este cuento.
Emet. ¡Qué delicia es abrazaros!
Teod. ¡Oh, qué placer es el veros!
No os habeis mudado nada.
Emet. Cada dia estais mas bello.
Teod. ¡Vaya, que estais buena moza!
Emet. ¡A qué viene ese silencio!
Ped. Señora, yo no os conozco.
Isab. ¿Quién es usted, caballero?
Teod. ¡Qué frialdad es aquesa!
¿A qué viene ese silencio?
Emet. ¿Siendo tan público que
nos casamos y queremos?
Isab. y Ped. Ustedes se han engañado.
Inés. A quien ustedes buscan, creo
que ha de vivir una puerta
mas abaxo.
Los viejos. ¿Cómo es eso?
Isab. Yo no soy Doña Emeteria.
Ped. Ni yo soy D. Teodoreto.
Emet. ¿Pues qué demonio de embrollo
es este que yo no entiendo?
Inés. Que este es vuestro esposo, y este
su hijo el señor D. Pedro.
Teod. Pues esta::-
Per. Es Doña Isabel,
la hija de vuestro dueño,
Doña Emeteria, que es esta.
Teod. ¿Emeteria?
Emet. ¿Teodoreto?
Teod. ¡Jesus, que vision!

Emet. ¡Jesus,
que fantasma tan horrendo!
¿Quién demonios ha podido
así cambiaros?
Teod. El tiempo,
que la mayor maravilla
tambien en vos ha deshecho.
Emet. Pues sentidlo solo vos,
y oxalá pluguiese al cielo
que os hubiera á vos tratado
con el cuidado y respeto
que á mí: vedme, vedme bien.
Teod. Ya lo veo, ya lo veo.
Emet. Yo os vuelvo vuestra palabra.
Teod. Yo tambien la vuestra os vuelvo.
Emet. Pero porque no os quejeis
que en un todo os desatiendo,
me determino á casarme
con vuesto hijo D. Pedro.
Teod. Y yo con Doña Isabel
vuestra hija, quedaremos
tan amigos como antes,
y estamos todos compuestos.
Isab. Eso es lo que no será.
Ped. Y en lo que yo no consiento.
Los viejos. Pues como::-
Isab. Usted no se canse,
madre, que yo solo quiero
ser obediente á su gusto,
y casarme con D. Pedro.
Ped. En los hijos la obediencia
es forzoso, y desde luego
yo por dar gusto á mi padre
la mano y alma te entrego.
Isab. Y yo la tomo.
Teod. Muchacho,
pues ¿qué has mudado tan presto
de resolucion?
Per. Esto es
revolucion de los tiempos:
vosotros que erais amantes,
os aborreceis al veros;
y ellos que se aborrecian,
al mirarse se quisieron.
Inés. Yo digo que en todos quatro
sobrada razon encuentro
de amarse y aborrecerse.
Teod. Fuerza es que nos conformemos;
nuestro tiempo se ha pasado.
Amiga, no hay mas remedio.
Emet. Vos sois el que está perdido,
desfigurado y grosero,
que yo cada dia estoy
mejor; pero al fin no quiero,
pues vuestro hijo no ha sabido
distinguir quanto la excedo
á mi hija yo en belleza,
que logre tan grande empleo
como yo: lleve á Isabel,
que antes de mucho tiempo
llorará haberme perdido.
Per. Qué bien dice aquel proverbio,
que quien malas mañas ha,
las pierde con el resuello.
Inés. Ya vienen los convidados.
Emet. Vamos al salon de adentro
á recibirlos.
Teod. Madama,
sin embargo, baylaremos
una bretaña los dos.
Emet. Bien seguro estais por cierto,
que yo siempre he de baylar
el amable, ó no me muevo.
Inés. Que entran.
Emet. Pues seguidme,
y sea el primer festejo
el pedir todos unidos:
Tod. El perdon de nuestros yerros.

FIN.